

cantidad de ejemplares vendidos. En ese momento aparecieron dos personajes que protagonizaron el nuevo periodismo: Joseph Pulitzer, un húngaro radicado en los Estados Unidos desde muy joven y que en 1873 había comprado el diario *New York World* –conocido como el *World*– al cual renovó con las técnicas de grandes titulares, dibujos, fotografías y un lenguaje simple pero impactante por la concisión y la audacia. Buscaba el sensacionalismo y se apoyaba en la curiosidad y la vulgaridad del público masivo.

La otra figura fue William Randolph Hearst, hijo de millonarios, audaz, aventurero y ambicioso que se incorporó a este periodismo con el *New York Journal* –o el *Journal*– que pronto superó al *World* desarrollando al máximo las prácticas sensacionalistas y el estilo provocativo y desprejuiciado. Allendesalazar señala que ambos diarios iniciaron un nuevo género periodístico: las historietas, con un personaje que los dos diarios imitaban: *the Yellow Kid*, un joven pícaro neoyorquino. Ese fue el motivo por el que dichos diarios fueran llamados *the Yellow Press*, la *prensa amarilla*, nombre que desde entonces se ha aplicado a toda la prensa sensacionalista y escandalosa.

Cuando se preparaba la guerra, se discutía el intervencionismo y se buscaba el favor de lectores conmovidos por el debate político, los dos diarios vieron la oportunidad para difundir noticias tremendas o para inventarlas si las mismas no se producían en la realidad. La guerra de los cubanos contra los españoles, por otra parte, se conocía en los Estados Unidos y había generado, como dijimos, muchos partidarios de la independencia por motivos morales, sociales, culturales y políticos.

Los revolucionarios, además, tenían centros de propaganda en Estados Unidos y difundían noticias sobre la bárbara crueldad de los españoles, las atrocidades de la represión y el patriotismo romántico de los guerrilleros *mambises*. El periodismo norteamericano absorbía este material y la campaña era atizada por los diarios como el *World* y el *Journal*, que rivalizaban en su campaña antiespañola y en el *jingo journalism*, como también se denominó al patrioterismo que atizaban estos diarios. Además, muchos norteamericanos, residentes, viajeros, periodistas o aventureros en Cuba se veían continuamente en problemas con las autoridades españolas y generaban conflictos que la prensa, naturalmente, agrandaba y azuzaba.

El 8 de febrero de 1898 el *Journal* reveló una carta privada del diplomático español Dupuy de Lome criticando al presidente Mackinley; el 15 se produjo la explosión del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana y Hearst ofreció 50.000 dólares a quien aportara pruebas de que los españoles eran los autores del atentado. Estados Unidos pudo así justificar su intervención en la guerra y el periodismo puso el clima popular al rojo

vivo, como cuando el *Journal* impuso al general español Weyler el mote de *butcher* (carnicero) en el marco de los relatos sobre los campos de concentración usados por los españoles para los prisioneros cubanos.

En este clima de guerra cobró importancia la tendencia, ya manifestada en el periodismo mundial, de mandar corresponsales para que remitieran informaciones directas desde la escena de los conflictos. La guerra de Cuba fue otra gran oportunidad y aunque antes de la declaración de guerra era muy difícil ir a la isla y los periodistas se conformaban con escribir desde lejos, en los bares de Key West, cuando comenzaron las operaciones militares decenas de corresponsales aparecieron para enviar sus notas y correspondencias, hasta el punto de que el sitio de Santiago de Cuba llegaron a estar presentes más de 150 periodistas. Se comprende, pues, que un autor norteamericano, Charles Henry Brown, la haya denominado, precisamente *La guerra de los corresponsales*¹⁵.

Hearst estaba orgulloso de la manera como su diario contribuía a formar y enardecer la opinión pública pues, además de superar a su rival el *World*, se había convertido en un factor de la política internacional norteamericana. Para fortalecer su posición decidió enviar a Cuba un artista de fama: el dibujante Fred Remington, quien alcanzó celebridad con sus dibujos de militares y escenas de la guerra. Una anécdota muy recordada es la del mensaje que le envió a Hearst apenas llegó a Cuba sin haber visto aún nada concreto de la guerra. Como respuesta, Hearst le telegrafió: «Quédese en Cuba y produzca dibujos. La guerra la produciré yo»¹⁶. Pero Pulitzer, por su parte, envió como corresponsal del *World* a una de los escritores más famosos de los Estados Unidos, el novelista Stephen Crane (1871-1900).

Un novelista en la guerra

Famoso por haber escrito una de las mejores novelas con el tema de la Guerra de Secesión: *The Red Badge of Courage* (1893), Crane, llevado por su espíritu aventurero, decidió convertirse en periodista y corresponsal de guerra. En 1897 solicitó un pasaporte para ir a Cuba, vía México, pero le fue negado porque hasta ese momento Estados Unidos mantenía una posición neutral e impedía aventuras como la proyectada por Crane. Ante ese fracaso, el escritor consiguió que el periódico inglés *The Wetsmisnter Gazette* lo designara corresponsal en la guerra que Turquía le había decla-

¹⁵ Charles Henry Brown: *The Correspondent's War*, New York, 1967.

¹⁶ Allendesalazar: Ob. cit., 101.

rado a Grecia el 17 de abril de 1897, con motivo del apoyo que este país prestaba a los partidarios de la independencia de la isla de Creta.

Acompañado por su amante Cora Tyler, Crane escribió sus notas sobre la guerra y permaneció en Grecia hasta junio de 1897, fecha de su regreso a Inglaterra. Al declararse la guerra contra España volvió a su vocación aventurera y cuando el 27 de febrero de 1898 el presidente MacKinley convocó a un primer contingente de 125.000 voluntarios, Crane quiso alistarse en la Marina, que lo rechazó por no aprobar las severas exigencias físicas que se requerían. Pero estaba decidido a ir al campo de batalla, atraído por un profundo deseo de arriesgar la vida hasta los peligros de la muerte. En esa emergencia se conformó con volver al periodismo y Pulitzer lo nombró corresponsal de guerra en el *World*.

La primera fase de la guerra se inició con el desembarco en Guantánamo el 6 de junio, desde donde los norteamericanos avanzaron hacia Santiago de Cuba apoyados por tropas cubanas y en una dura lucha con las fuerzas españolas. Mientras tanto, la flota norteamericana sitió el puerto de Santiago y el 3 de julio destruyó la armada española del almirante Cervera. La segunda fase fue la conquista de Puerto Rico, que se hizo rápidamente, pues los norteamericanos desembarcaron el 25 de julio; en diecinueve días derrotaron a los españoles, quienes el 12 de agosto firmaron el armisticio.

Crane asistió a la primera fase y sus notas al *World* reflejan, en primer lugar, su condición de escritor más interesado por la eficacia narrativa y literaria de sus textos que por la información escueta y concreta de los hechos. Tanto es así que muchas veces la crónica es reemplazada por cuentos, recuerdos o relatos inspirados, como es lógico, en los acontecimientos de la campaña. En segundo lugar, más que por la política se preocupaba por lo que llamaríamos el lado humano, es decir lo que veían y sentían oficiales y soldados norteamericanos con una notable insensibilidad ante el marco de la realidad cubana y casi ninguna percepción de los múltiples aspectos del bando español. Ambas características se explican fácilmente por tratarse de crónicas que se publicaban en Estados Unidos, donde sólo había interés por la versión de la guerra desde el punto de vista de la opinión pública mayoritaria.

Los textos de Crane se refieren a las dos fases de la guerra. Concluida la campaña de Cuba, Crane se enfermó con fiebres, volvió a New York en el transporte *Ciudad de Washington* y, a mediados de julio de 1898, fue despedido del *World* por un desacuerdo en la rendición de la cuenta de gastos y un malentendido acerca de un artículo en contra del famoso Regimiento 71 que Crane no había escrito. De inmediato Hearst lo recogió en el *Jour-*

nal, que lo volvió a mandar a la guerra, en su segunda fase: la conquista de Puerto Rico. Crane desembarcó en Cuba el 13 de agosto, mandó más de dos docenas de notas al *Journal* y regresó a New York a mediados de diciembre. Su aventura periodística había terminado y sólo le quedaba viajar a Inglaterra, donde lo recibió Cora Tyler en enero de 1899¹⁷.

Las crónicas de Crane

Las primera crónicas de Crane desde el barco *Three Friends*, fletado por el *World* para los corresponsales o desde los navíos de la armada que bloqueaba la costa de Cuba y visitaban los puertos de Haití, Jamaica y la República Dominicana, ofrecen los retratos físicos y psicológicos de oficiales, marineros y soldados con sus ideas, sentimientos y preocupaciones, junto al detalle de los barcos de guerra con sus armamentos y características, sin lugar para desarrollos teóricos ni reflexiones ideológicas innecesarias en un relato que se atiene a la fuerza de la descripción.

Con realismo y economía de estilo, Crane relata los primeros combates con las primeras bajas de soldados y marinos y la aparición de los españoles con una táctica de guerrillas en la selva aprendida de los *mambises*. Esta lucha requería equipos ligeros y una capacidad de rápidos movimientos individuales, insólitos para las bisoñas fuerzas de voluntarios norteamericanos cuyo avance ruidoso «como el de un tren en un túnel», los hacía presa fácil de las emboscadas.

Los españoles usaban los fusiles Mauser alemanes, con bayoneta y cargadores de cinco tiros, cuya precisión requería un gran entrenamiento y proyectiles de pólvora sin humo, frente a los fusiles Springfield 1873, Lee y Krag-Jorgensen norteamericanos, cuya pólvora negra dejaba una nube de humo que servía a los españoles para ajustar su puntería. Crane no creía que los españoles fueran buenos tiradores pero la concentración de fusiles Mauser era de una eficacia aterradora.

Crane aplica su fineza y perspicacia de narrador para penetrar en la psicología de los *mambises*. Estoicos, resistentes y fatalistas, sólo enardecidos en el ataque, con una «impenetrable indiferencia», tanto al hambre como a

¹⁷ Las aventuras periodísticas de Crane y los textos de sus crónicas, relatos, memorias y cuentos están en el libro editado por R. W. Stallman y E. R. Hageman: *The War Dispatches of Stephen Crane*, New York, New York University Press, 1964. Consultamos, también, de Stephen Crane: *The Works of Stephen Crane*. Tomo IX. Reports of War; War Dispatches; Great Battles of the World. Edited by Fredson Bowers, Linden Kent Professor of English at the University of Virginia. With an Introduction by James Colvert, Professor of English at the University of Georgia, Charlottesville, Va., *The University Press of Virginia*, 1971.